

**BIBLIOTECA CANARIA**

POETAS ISLEÑOS

# AURORAS

Selección de poesías de

RAFAEL M. FERNANDEZ NEDA

PROLOGO

DE

BENITO PEREZ GALDOS



SANTA CRUZ DE TENERIFE

Valentín Sanz, 15

POETAS ISLEÑOS

# AURORAS

SELECCION DE POESIAS DE

Rafael M. Fernández Neda

PROLOGO DE

D. Benito Pérez Galdós

LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

# De un canario a otro canario

(Juicio crítico por don Benito  
Pérez Galdós)

A la vista tengo un libro titulado «Auro-  
ras», colecciones de poesías de don Rafael M.  
Fernández Neda. En él hay composiciones  
de todas clases, trozos de gran elevación, ba-  
ladas que respiran ternura y melancolía, cua-  
dros de filosofía social, sonetos, elegías y fá-  
bulas. Se encuentra el sentimiento junto a  
la sátira, la gravedad lírica del amor platón-  
nico junto a la triste hilaridad del amor des-  
engañado; el lenguaje sincero del vehemén-  
te junto a la versátil conversación del ca-  
prichoso; descripciones en que se adula a la  
diosa Naturaleza, como hace Zorrilla, al la-  
do de otras en que se la insulta, a la mane-  
ra de Heine.

Se conoce que el autor de este libro, al  
crear en la oscuridad sus bellas poesías, se  
encuentra agitado por una duda continua;  
está en esa primera edad del poeta que re-

fleja la timidez en todas sus obras. Al sentirse inspirado vacila entre los diversos géneros que el ancho campo de la literatura le presenta; no sabe si atender a la voz sincera de su corazón donde aun no ha entrado el hastío, o a la voz de la sociedad que entorno suyo rinde culto a la farsa. En un momento de intuición trasladada en sus versos toda su fe, pero reflexiona, se asombra de su obra porque la cree falsa; vuelve a dudar, escribe de nuevo mojado la pluma en la hiel de la incredulidad, y entonces la cree terrible; fluctúa sin cesar entre la ilusión consoladora que halla en sí mismo y la realidad descarnada con que habla a su oído la ironía social; tan pronto siente como ríe. Después de contemplar una belleza con el entusiasmo de la juventud, pasa a analizarla con la frialdad de la experiencia; admira y censura a la vez; arroja un velo sobre una beldad, y más allá arranca el antifaz a otra; vacila entre ser entusiasta revelador de sus sentimientos o triste y hastiado apóstol del escepticismo.

Sin embargo, a pesar de esta variedad de géneros, de hallarse reunidos elementos heterogéneos, se advierte en dicho libro una profunda unidad. La intención descuella en

él, disimulada algunas veces y franca otras; cierto espíritu de investigación y crítica se enlaza sutilmente con las más bellas imágenes y los más delicados conceptos. En la mayor parte de las composiciones se encuentra siempre tras la flor que perfuma una recóndita espina que hiere, inculcando en el corazón la amarga savia de una verdad o de un desengaño, mientras los labios liban incautamente la dulzura de la corola.

La balada que lleva por título «Un rayo de gloria» contiene en una bella forma un intencionado pensamiento. Un niño pregunta con infantil candor noticias de Homero, y, despertándose en él un vivo deseo de ceñir la corona del genio, exclama: «¿qué es gloria?»

Pero no puedo dar idea de lo que esto vale; necesito copiarlo, y lo haré aunque prolongue demasiado la dimensión de este artículo:

—Decidme, padre, ¿qué es gloria?  
—Contempla el naciente sol  
que corona esa montaña  
y cielos y tierra baña  
con sus tintas de arrebol;  
cómo la niebla sombría

se pierde en vapor espeso,  
al pasar su tibio beso  
sobre la frente del día.  
Mira cual alegre el mundo  
a su influjo se levanta  
y un himno de gracia canta  
en su entusiasmo profundo.  
Pues la gloria celestial  
es un rayo soberano  
con que ciñe el sol ufano  
la cabeza de un mortal.  
—Padre, yo quiero subir  
a esa montaña.

—¡Es tan alta!

—Un rayo de sol me falta  
para mi frente ceñir.  
—Niño, tu pueril empeño  
como insensato abandona.  
—Yo he soñado una corona.  
—Locos deseos del sueño.  
—En mi ambición no desmayo.  
—Pero, ¿qué pretendes, hijo?  
—Llevadme; el sol está fijo  
y quiero arrancarle un rayo.

El niño se lanza por la pendiente; pero sus  
fuerzas le abandonan en tan difícil empre-  
sa. El sol se aleja a medida que él avanza

jadeante, abatido; quiere volver a la tierra y exclama:

¡Oh, después de esfuerzos tantos  
veo con dolor profundo  
que al descender, ese mundo  
no tendrá para mí encantos!

—¡Triste del hombre que sueña  
de la gloria los reflejos!

—De aquí veo el sol más lejos  
y la tierra más pequeña.

Siento un pesar tan extraño  
y tan profundo vacío...

—¿Qué es esto, padre?

—Hijo mío,

es tu primer desengaño.

Estas ambiciones desvanecidas por la experiencia, este Icaro infantil que se precipita desde la altura que pretendió escalar, constituyen una imagen bellísima, que unida a la excelente forma y la fluidez del verso hace esta composición una de las mejores del libro.

Sólo puede ponerse a su lado «El llanto de la inocencia». En ésta desempeña también la niñez el principal papel. La poesía, el sentimiento, se refugia en brazos de los niños;

como ellos hablan con los ángeles, juegan con las aves y corren tras las flores. A esta clase de tímida poesía que se manifiesta traviesa y juguetona unas veces, triste y desconsolada otras, siempre revestida de la encantadora impertinencia de los primeros años, revelando su inmaculada originalidad, pertenece la composición que se ha citado.

En el hogar doméstico se desarrolla la acción de un tierno drama. Nace un niño y todo es alegría en la casa. Su hermanita, al saber que un ángel ha bajado a la tierra, exclama:

—¡Un ángel!, yo quiero verlo.

¿En dónde tiene las alas?

—Para que no deje el mundo  
fué necesario cortarlas.

—¿Lo mismo que a mi paloma?

—Sí; lo mismo, hija del alma.

Pero la escena cambia; el llanto ha sustituido a la alegría; el ángel ha volado al cielo a pesar de las alas cortadas. La niña desgarrada con sus preguntas el corazón de la madre:

—Madre, madre, ¿por qué suenan tan al-  
[gres las campanas

y entre cortados sollozos  
ahogan vuestra garganta?

—Porque un ángel sube al cielo.

Pues el cielo ¿no es su patria?

Allí encontrará la dicha.

—Pero la mía me falta.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¡Pobre niña!

¿Y si tu paloma blanca  
se fuera al cielo?

—Imposible:

no le han crecido las alas.

Al ángel sí.

—Mas no llores:

verás cómo Dios nos manda  
otro mejor.

—Pero, madre,

si mi paloma volara,

también me pusiera triste.

Voy a verla.

—Hija del alma.

La niña corre en busca de su paloma y la encuentra fría e inmóvil; en vano la besa y le da calor en su seno. La paloma, a pesar de sus alas cortadas, vuela hacia el cielo en compañía del ángel.

Este cuadro está trazado con singular deli-

cadeza; sus suaves contornos, en que el pincel del autor ha depositado los más frescos colores, tienen toda la vaguedad de la poesía alemana, arte pudoroso cuyas formas castas se dibujan apenas sobre un cielo de serena melancolía.

No es inferior la balada «Pan para el niño». Una madre, expuesta al rigor del frío, pide en las calles pan para un niño desfallecido que lleva en los brazos. Llega un momento en que la voz expira en su garganta; advierte en el inocente los síntomas de la muerte, y calla. El poeta ha completado el cuadro con la siguiente quintilla:

Y al levantar el semblante  
en su maternal anhelo,  
divisó una nube errante  
en la que un ángel triunfante  
iba elevándose al cielo.

Este final resplandeciente contrasta con la plegaria de la madre, que es tenebrosa y sombría; es un toque luminoso dado en un lienzo oscuro, a semejanza de esos cuadros en que Murillo ha pintado una celda lóbrega, cuidando de introducir por el techo un

rayo de luz celestial en que flotan ángeles confusos.

Qué bella es también la balada «El suspiro», que principia:

El cielo luce sombrío  
melancólicas congojas,  
murmura en el aire frío  
el viejo laurel del río  
al perder sus secas hojas.  
Entrambas manos cruzadas  
inclinada.....

No puedo seguir, porque tendría que copiarla toda, seguro de no encontrar una de esas palabras extrañas que se encuentran en todas las composiciones, por buenas que sean, uno de esos versos duros, en los cuales choca la imaginación del lector, sufre un momentáneo desencanto, necesitando saltar sobre ellos para admirarse de nuevo.

Resistiré por lo tanto a la tentación de trasladar el final de «El suspiro». Si tuviese con esta composición semejante preferencia, tendría que hacer lo mismo con otras tan buenas como ella. Por ejemplo, «Los lirios de la montaña», elegía tan tierna como es desgarradora la anterior; «El hijo del

guarda-bosque», que me recuerda el caballo de Mazzepa; «La verdad y la inocencia», diálogo que encierra una marcada intención, y «Recuerdos de la patria», donde el autor manifiesta su doble amor filial echando de menos una madre y una patria.

Pero lo que sí haré, aunque esto se haga demasiado largo, es citar algo de otro género que descuella en el libro del señor Neda, rivalizando con el género de sentimiento.

Habla el lenguaje de los descreídos que niegan la belleza moral y menosprecian la física. En la poesía «A la Luna» apostrofa crudamente a la que por largos años ha vivido en olor de santidad, presidiendo con su trasnochada castidad las expansiones platónicas de los amantes; a esa deidad nocturna, elemento «sine qua non» de todas las parrafadas eróticas; fanal que desliza siempre su indispensable rayo, su amarilla luz en los grupos tradicionales de Romeo y Julieta, de Abelardo y Eloísa, de Hero y Leandro. Los poetas no saben urdir una escena nocturna sin la pálida y nacarada intervención de esta señora; los pintores no conciben unas ruinas sin colgar en el lienzo el necesario harapo de luna; no hay maquinista de escena que no la cuelgue de las bambalinas para

iluminar la pintarrajeada fisonomía de una actriz. Ella es «factotum» indispensable; sin ella no se concibe un cementerio, ni una serenata, ni el lago de Como, ni el golfo de Nápoles, ni el Rialto de Venecia. Pasa del azul limpio del cielo al azul de brocha gorda de los teatros; todos la miran, todos la cantan, la copian y la adoran como un emblema de virginidad y pureza.

El autor de «Auroras» la trata así:

¿Por qué sigues la carrera  
del mundo en eterna lidia,  
como la pálida envidia  
encarnizada y rastrera?

¿Hay algún crimen, responde,  
que tortura tu existencia,  
que estás como la conciencia,  
ya se muestra, ya se esconde?

Tienes de casta opinión;  
mas harto vieron los griegos  
tus batidas y tus juegos  
con el amante Endimión.  
Celébrante ruborosa  
y tímida y pacarada,  
y eres lo más descarada  
que puede ser una diosa.

\*\*\* \*\*

¿Eres tú guardia civil  
que sorprendes sin ruido  
al rondador suspendido  
en una escala sutil?

¿Qué malos genios te abortan,  
menguada, para venir  
a husmear y descubrir  
secretos que no te importan

... ..

¿Dónde tienes esa miel  
con que untas el labio, avara,  
al asomar esa cara  
redonda como un pastel,  
en la misteriosa alcoba  
que ha dispuesto el Himeneo,  
¿donde el amante deseo  
el sueño a los ojos roba?

... ..

¿Y escondes, vieja taimada,  
ese rostro maldiciente,  
dejando fuera la frente  
por dos cuernos coronada?

Si inconstante la fortuna  
a levantarme se atreve,  
nunca en sus alas me lleve  
a los cuernos de la luna,  
pues temo la contingencia  
de un encuentro inesperado,

que me deja, mal mi grado,  
a la luna de Valencia.

Parece que se lee a Heine, el poeta del hastío, que juró guerra a muerte al santonismo de la belleza y a las formas poéticas consagradas por la tradición.

En el concierto de los besos se encuentra una ingeniosa clasificación de esos, ya traidores, ya inocentes desahogos de toda clase de cariños y pasioncillas.

Dice así:

Falsos como mercaderes,  
sutiles como tramposos,  
se deslizan cautelosos  
los besos de las mujeres.  
Y traban riñas arteras  
allá por las soledades.  
cantándose las verdades  
lo mismo que rabanerás.

Y en las nieblas de las dudas  
se agitan alborozados  
los descendientes menguados  
del fatal beso de Judas.

... ..

Allí se arrastran cansados,  
cantando un andante lento,

los besos de cumplimiento  
que se prestan los casados.

En confusa algarabía,  
allí resuenan las quejas  
de los besos de las viejas  
al son de una letanía,  
murmurando desengaños  
a mandíbulas batientes,  
que no pueden entre dientes  
por castigo de los años.

Entre el espeso capuz  
de una mal plegada toca,  
huye un beso de una boca  
que se apoya en una cruz;

... ..

¿Deseas que algo te diga  
sobre lo qué es el beso?

Un juguete para el niño,  
para la madre un tesoro,  
para los deseos oro,  
e ilusión para el cariño.

Es de los tristes consuelo,  
de muchos moneda falsa,  
de los matrimonios salsa,  
de la seducción anzuelo.  
Para el hombre desgraciado  
la cuerda de un arpa rota  
para los viejos la nota

de un violín desafinado.  
Un mal libro para el sabio,  
para el artista la luz,  
y para el labio una cruz  
dibujada en otro labio.  
Para el filósofo un ruido,  
para el negociante un cero,  
para el reposo un ratero,  
para mí lo que te pido.  
Y, en fin, cual dice un autor  
ducho en la materia, el beso  
no es otra cosa que el queso  
de los ratones de amor.

Que en el amor no es inferior a la precedente en vis cómica y espontaneidad. «La Verdad en el espejo» es una especie de juego de linterna mágica, en que van pasando innumerables cuadros sociales, trazados con picaresca intención. «Una historia de amor» es digna por la viveza del diálogo, por los contrastes oportunos que presenta, y el chiste culto que en ella descuella de las excelentes escenas cómicas de Bretón de los Herreros.

No quiero seguir enumerando otras composiciones que se distinguen por la intachable corrección de la forma y la fluidez de la

versificación, tales como «El pabellón francés», «A Carmen», «La Pereza», «La Caridad», «Horas benditas», «A Italia», «El Juramento» y «A una coqueta».

Sólo me permitiré por vía de conclusión citar la sencilla balada «La Sarenata», magistralmente traducida del alemán:

¿Qué halagüeña melodía  
viene mi sueño a turbar?

Alta es la noche sombría.

¿Quién puede así, madre mía,  
venir tan tarde a llamar?

Nuestra calle está desierta

- y sólo turba tu calma  
la fiebre que te despierta,  
que nadie canta a tu puerta,  
pobre enfermo de mi alma.

No es un canto de este suelo,  
los ángeles son... en pos  
tenderé de ellos mi vuelo...

Me llaman para ir al cielo.

¡Adiós, madre mía, adiós!

No concluiré sin traer la atención de los lectores de «Auroras» hacia el prólogo del señor Caro. Es un admirable trozo de prosa castiza, donde se ve el corazón del amigo ex-

pansivo que ama, y la inteligencia del crítico que aconseja y aprueba. La elegante prosa y la inspirada poesía se completan, se enlazan en un amistoso abrazo.

Libros de esta clase no necesitan recomendarse; paulatinamente se apoderan de la opinión, esclavizan al público, encontrando en todos los círculos lectores de todas condiciones. No hablo de los lectores de pacotilla, de esos que hacen copioso abasto de la poesía de relumbrón, y regalan su estómago con esas indigestas novelas condimentadas por escritores de jornal y repartidas en raciones de a ocho páginas por empresas literario-comerciales. Refiriéndose a esta clase de lectores de escaso cacúmen y superficial criterio, dijo el inmortal Lope de Vega:

El vulgo es necio y, pues lo paga, es justo  
hablarle en necio para darle gusto.

B. Pérez Galdós.

Madrid, agosto, 1865.

**Rafael M. y Fernández Neda**

Rafael M. Fernández Neda es uno de los poetas mejores y más correctos de nuestras promociones literarias románticas. La lectura de los clásicos españoles y la de los grandes románticos, especialmente los cultivadores del romance, informan la primera actuación poética de Fernández Neda. Sus ojos fueron desde la niñez encadenados cautivos del paisaje orotavense, donde por primera vez vieron la luz clara de los días templados y la diafanidad de nuestro limpio azul.

Fernández Neda era hijo de don Sebastián Martín y de doña Andrea Fernández de la Guerra y Neda; nació en la Orotava por 1843, pues a los veinte años solicita matricularse en el primer curso de Jurisprudencia de la Universidad de San Fernando, y en el curso de 1854-55, del que por cierto no llegó a celebrarse más que su apertura,

ya que el Gobierno no concedió el ansiado restablecimiento de aquel centro.

Según se desprende de la lectura de su maravilloso artículo «El balcón del chantre», estudió en el Instituto de La Laguna durante el bienio progresista, o sea de 1854 a 1856. Antes, en 1852 emprendió un viaje fuera de las islas y a fines del mismo año fecha una de sus composiciones en Lisboa. Acaso de las primeras que escribió fuera la inserta en «El Noticioso de Canarias», del 15 de mayo del referido año, en la que se despide de la Orotava y de la isla.

En julio de 1853 está ya en la Orotava, permaneciendo en Tenerife hasta 1859. Diversos trabajos suyos aparecen durante esta época en los periódicos locales. En 1854, la revolución de julio inspira su inflamada lira progresista y juvenil y en un razonado artículo pide el restablecimiento de la Universidad. En junio del año siguiente contribuye a la brillantez de la fiesta de San Isidro en su Villa, componiendo poesías para ser recitadas en una alegórica representación pública. En agosto de ese año acompaña a distinguidos personajes locales a una excursión a los altos de «La Camellita» en busca de una necrópolis guanche, cuya destrucción lamen-

ta el poeta en un remitido al «Eco del Comercio». En febrero de 1859 interviene en la brillante despedida que el Casino de Tenerife hace al Capitán general, don Narciso de Ameller, recitando unos inspirados versos alusivos al general, a la fiesta y a las bellas. En abril de ese año canta en sentida composición la muerte de la joven poetisa Fernanda Siliuto y en septiembre marcha con su hermano a Alicante con objeto de seguir viaje a Madrid para continuar sus estudios.

De este año es la publicación del poema épico-dramático, titulado «El Doncel de Mondragón», que Rafael M. Neda, Fernando Final y Agustín E. Guimerá escribieron bajo el pseudónimo de «Aned-Nalif-Ruigame», que esconde los apellidos de los tres. Los versos mejores de esta obra, (cuyo análisis no es de este lugar), son sin duda debidos a Martín Neda; las quintillas y los comienzos del libro octavo, muestran la huella de su mano. Una de las zorrillescas estrofas del citado libro octavo y que dice

El viento murmuraba entre el follaje  
del jardín del convento tristes notas,  
y en el ancho tazón lloraba perlas  
una fuente sonora

ofrece una imagen poética que el autor usará en las seguidillas dedicadas a su hermano Manuel:

La poesía, es fuente  
que perlas llora

(«Auroras», pág. 75)

y en las del «Canto a la Primavera»:

La fuente cristalina  
vierte sus perlas

(Idem, pág. 4)

Ya en Madrid, la toma de Tetuán por nuestras tropas en el año 1860 y la ausencia de la patria, inspiran su vena poética y en septiembre del año siguiente regresa a la Orotava para marchar a fines de ese año o principios de 1862 a Madrid, donde se estableció hasta su muerte, ocurrida a principios del presente siglo.

Fernández Neda pertenece a la generación posromántica que cultiva una poesía en la que los temas de la gran escuela no se cultivan en las dimensiones que aquélla lo hace en sus momentos capitales. La nota de tristeza es ahora de melancolía; el romance

no florece tan sólo con temas medievales o legendarios; los motivos tétricos no son tan abundantes y los metros no muestran ya los atrevimientos primeros, ofreciendo muchos ejemplos de poema corto.

Claro es que, adscritas aún estas promociones a los últimos rayos del sol romántico, hemos de encontrar muchos de los caracteres de la escuela en estos poetas. También la tristeza y el tedio son númen poético de Fernández Neda que se referirá—como los grandes románticos—al motivo del día de difuntos; pero su forma de tratar a la luna, por ejemplo, es ya una manera satírica y burlesca, tan lejana de los arrebatos de la primera hora. La sátira abunda mucho en su poesía que recuerda en este aspecto el carácter filosófico-satírico de Campoamor. Composiciones como «La verdad en el espejo» y «Una historia de amor», publicadas en su libro de poesías «Auroras», que editó en Madrid y en 1865, ofrecen una época en la que ya se ha estrenado «El tanto por ciento» de López de Ayala y «Lo positivo» de Tamaño. El mismo Neda dirá a su amigo León Morales:

...haciendo abstracción del pleonasma  
llamemos pan al pan y vino al vino...

Entraba, pues, la literatura en la época que, por llamarla de alguna manera, diremos positivista, y en cierto modo opuesta a la precedente.

Pero Neda es un poeta lírico antes que nada; cultivador afortunado del romance no son los suyos propiamente narrativos sino subjetivos. Excepto en alguna composición como «El hijo del guarda bosque», Neda no es poeta narrativo.

El gran amor que sintió por su prometida, la señorita Carmen González del Castillo, le inspira delicadas composiciones dedicadas una a ella, alusivas otras y presente su amada en casi todas. La señorita del Castillo habrá de ser andando el tiempo su esposa y publicará en la «Revista de Canarias», correspondiente a 1879, dos bellas composiciones, firmando ya con el apellido de su esposo, con el que es probable estuviese este año en París desde donde escribe él también para la citada «Revista» y viajando con Neda por Suiza y la Costa Azul en el verano del mismo año. Murió esta señora en Madrid y en octubre de 1905, sobreviviéndole el poeta.

Notables son los sonetos—el de ella y el de él—que por cuestión y azares de amor, se escriben:

El de él, dice así:

Gozo tanto en mirarte, que me olvido  
de lo mucho que sufro con no verte,  
y vivo con tu vida de tal suerte  
que me figuro que antes no he vivido.

Tu amor el rayo fulgurante ha sido  
que dió aliento vital al pecho inerte:  
el ángel eres que arrancó a la muerte  
la vaga sombra de mi bien perdido.

No hay un solo recuerdo en mi memoria  
que no te pertenezca; un pensamiento  
que tú no inspires, y te adoro tanto,

que no envidio la dicha de la Gloria  
mientras guarde la fe de un juramento  
que por ser de tus labios es tan santo.

Ella, entonces, contesta de esta manera:

«Gozo tanto en mirarte...» ¿Por qué mientes?  
¿Acaso ignoro yo que has olvidado

hasta el recuerdo del placer pasado  
y que la dicha del amor no sientes?

¡Que no amas sino a mí!—Los Inocentes  
pasaron; pero el labio desgarrado  
no mentirá el amor que te ha jurado;  
tú juraste también, mas te arrepientes.

¡Mi pobre corazón, cuánto ha sufrido!  
Pero, Señor, ¿qué es esto?... Estoy llorando  
y del perdido amor cuentas le pido.

¡Qué niña soy! El sueño va pasando.  
¡Qué triste despertar! ¡Cuánto he dormido!  
Y no me agrada ya vivir soñando.

Pero el poeta, que se referirá varias veces  
a una coqueta y voluble Leonor, volverá  
siempre a este hondo amor de su vida y en  
una de las últimas composiciones de su libro  
«Delirium», dirá:

¿Murió nuestra pasión, o está escondida,  
cual tempestad rugiente,  
en el revuelto mar de nuestra vida?  
¡Oh, ya veo la nube estremecida  
el rayo encadenar sobre tu frente!

**Y más adelanté:**

Lo que te adoro  
tu corazón lo sabe...

En las primeras composiciones de su libro (que no reuné, desde luego, todas las que escribió hasta 1865), el poeta está más cerca de los grandes románticos y sus temas. La poesía que dedica a la poetisa Victoria Ventoso recuerda mucho las maravillosas estrofas de Zorrilla a Moraima en el libro octavo del gran poema «Granada».

Zorrilla escribe:

Tórtola blanca de azulados ojos,

y Neda y en idéntica versificación:

Tórtola de los bosques seculares,

Pero ya en la última mitad de su libro los «suspirillos germánicos», como decía despectivamente Núñez de Arce, llenan por completo su númen. La traducción que de Heine hizo Eulogio Florentino Sanz influyó sobremanera en los poetas de la época y las baladas y los «lied» germánicos, escandina-

vos, y en general la poesía nórdica, imperan entre 1857 y 1870 como si quisieran contraponerse al orientalismo de los primeros maestros de la escuela romántica. Imitaciones de Heine, Goethe, Uhland, Klopstock, Geibel y otros poetas daneses y escandinavos integran casi la segunda mitad de «Auroras». Martín Neda, por su permanencia en Madrid, marcha al unísono de su generación y es por esto el poeta canario que no figura retrasado en cuanto a moda literaria se refiere con una diferencia de años que la lejanía, entonces casi absoluta de las islas, imponía. Es posible que desde una mesa del «Suizo» oyera discutir en la tertulia de Bécquer a los amigos del poeta y que observara la taciturna figura de Gustavo, si acaso alguna vez no fuera su contertulio, al que probablemente conocería por el común amigo de ambos, Teobaldo Power, bien que éste fuera más joven que los dos.

**María Rosa Alonso**

Tenerife, 1940.

Selección de poesías de  
Fernández Neda

# **RECUERDOS DE LA PATRIA**

Los besos más ardientes  
huyen como sueños, y la  
felicidad como un beso.

GOETHE.

Como el perfume apacible  
que, de fresca brisa en alas,  
la risueña primavera  
sobre la tierra derrama,  
vienen en rápido giro  
los recuerdos de la patria  
a embalsamar con su aroma  
las emociones del alma.

El pobre que un día entero  
por ganar su pan se afana  
cavando la dura tierra  
que humedece con sus lágrimas;

al ver el sol que desciende  
tras las agrestes montañas;  
al oír las tristes notas  
de la argentina campana  
que en la solitaria torre  
la oración nocturna cantã;  
al contemplar en la puerta  
de la rústica cabaña  
a su familia amorosa  
con fervor arrodillada,  
al cielo eleva sus preces,  
dando rendido las gracias  
por el pan de cada día  
que con su trabajo gana.  
Limpia el sudor de su rostro;  
de sus fatigas descansa,  
y sus pesares olvida,  
y su espíritu se embriaga  
con las afecciones tiernas,  
con las emociones santas  
del hogar y la familia  
en tranquila confianza.

Así el mortal que, afanoso,  
el terrible peso arrastra  
del dolor y el infortunio  
que su existencia desgarran;  
infatigable viajero  
en el mar de la esperanza,  
donde sin rumbo camina  
que le lleve a amiga playa,  
tras la sombra del deseo  
desvanecida al tocarla;  
en esas horas tranquilas  
llenas de memorias gratas,

que, como brisas de mayo,  
llevan aroma en sus alas,  
los mil recuerdos invoca  
de la niñez y la patria.

¡La patria!, nombre bendito;  
sonoro como del aura  
el vaporoso murmullo  
entre las frágiles cañas;  
dulce cual beso primero  
que tiembla en la boca amada;  
tierno como las canciones  
que arrullaron nuestra infancia;  
que ansioso el mortal pronuncia  
y escrito lleva en el alma;  
que el tiempo voraz no borra,  
ni disipa la distancia,  
ni en la ventura se pierde,  
ni se olvida en la desgracia;

Por las espumantes olas  
del Atlántico arrulladas,  
como seductoras ninfas  
que en sus cristales se bañan;  
verdes oasis que brindan  
tranquilo refugio al nauta  
que desde el un Continente  
a otro Continente pasa,  
descúbrese entre las brumas  
las islas Afortunadas.  
Mas ¡cuánto cambian los tiempos!  
¡Cuán presto las dichas pasan,  
la felicidad se pierde  
y la ventura se gasta!  
Hoy solo quedan recuerdos  
de nuestras glorias pasadas;

que la inconstante Fortuna  
no vela, no, por mi Patria.

¡Recuerdos! benditos sean  
esos esluvios del alma,  
que el sol de la fantasía  
desde su seno levanta;  
rocío que del presente  
fecunda la tierra ingrata;  
luz de múltiples colores  
que, en vistoso panorama,  
los pasados cuadros pinta,  
los monumentos restaura,  
los nobles hechos renueva,  
las muertas glorias ensalza,  
y hasta el seco polvo anima  
que las sepulturas guardan.

Vuela, pensamiento, vuela;  
surca la inmensa distancia  
que de los sitios queridos  
en donde nací me aparta.  
El regio Teide su frente  
sobre las nubes levanta  
para señalarte el rumbo...  
Sigue, salúdale y para  
junto al valle pintoresco  
que se descubre a sus faldas,  
y en ese apacible nido  
de frescas rosas descansa.  
¡Dichoso tú, pensamiento!  
Bien haya el cielo, bien haya,  
que animó la ruin escoria  
con su benéfica llama;  
que le dió el rápido vuelo  
con que se remonta el águila,

y le franqueó los límites  
del tiempo y de la distancia.  
¡Dichoso tú, pensamiento!  
¡Quién en tus alas volara  
a respirar el ambiente  
fresco y puro de la patria!  
¡Cuán tranquila la existencia  
en estos sitios resbala  
como cristalina fuente  
perdida en la verde grama!  
¡Cuán ajena de rencores,  
y de ambiciones bastardas,  
y de amistades hipócritas,  
y maledicencia infausta!

Aquí las esbeltas torres  
del cristiano templo se alzan  
en donde bañó mi frente  
del Sacro bautismo el agua;  
donde mis labios de niño  
repetieron las palabras  
de las oraciones tiernas  
que mi madre pronunciaba.  
Allí está el soto sombrío  
en donde el arroyo mana  
y entre guijas se despeña  
en anchas cintas de plata.

Como el vapor transparente  
que, al despuntar la mañana,  
sobre las verdes colinas  
onduloso se levanta,  
al calor de la pasión  
allí tendieron sus alas  
dorados sueños de amores  
que el espíritu embriagaban.

¿Por qué la virgen del Valle  
a las praderas no baja  
a recoger azucenas,  
menos que su rostro blancas?  
Aun la veo en mis delirios  
y creo oír sus palabras,  
y embriagado de ventura  
arrodillarme a sus plantas.  
Allí entre aquellos cipreses  
una cruz escueta se alza,  
que lleva escrita la fecha  
de mi primera desgracia.  
A su pie derramé flores  
con mis lágrimas regadas...

¡Pobres flores!... ¡pobre madre!  
¡Allí sus restos descansan!...

Aquí el pensamiento mío,  
entre nubes de oro y nácar,  
creyendo un Edén el mundo;  
alegre y libre volaba.

Allí deliró con glorias,  
y suspiró por sus galas,  
y anheló triunfos mentidos,  
y creyó promesas falsas.

Días, venturosos días  
que borda de oro la infancia,  
y el sol de las ilusiones  
con brillantes tintas baña.

¡Cuán presto llegó la noche,  
la faz en sombras velada!  
¡Noche cada vez más triste!  
¡Noche cada vez más larga!  
Ya no lucirá en los montes  
la aurora de la esperanza,

que si brillara entre sombras  
fuera a mi anhelo más grata.  
¡Días, mis días queridos,  
cuyos recuerdos halagan  
las amarguras de hoy,  
los delirios del mañana...  
El bien perdido no vuelve  
y en más se estima si falta...  
Cenizas mis glorias son  
que el viento furioso arrastra.  
Dicen que borra el olvido  
las afecciones más caras;  
que las memorias las piedrās  
mejor que los pechos guardan  
y que por eso en las tumbas  
queridos nombres se graban...  
En el osario del mundo,  
de mis muertas esperanzas,  
sobre un sepulcro de tierra  
recuerdo vivo es el alma,  
y allí grabado está el nombre  
de mi inolvidable Patria.

Madrid, diciembre, 1864.

## **EPISTOLA**

## Al Sr. D. Francisco de León y Morales

Es ya la Primavera... Estoy can-  
[sado  
de leer en novelas y canciones  
la pintura gentil del verde prado,  
donde siembra sus tiernas ilusiones  
el vate enamorado:  
El gárrulo murmullo  
de la sonora fuente;  
el beso que da Céfito al capullo;  
de quejumbrosa tórtola el arrullo,  
y como sale el sol por el Oriente.  
Renuncio por lo tanto al entusias-  
[mo  
del númen celestial, y en calma opi-  
[no  
porque, haciendo abstracción del  
[pleonasma,  
llamemos pan al pan, y al vino vino.  
Te diré en prosa clara y verdadera

que lo mismo en Madrid que en las  
[Canarias  
y después de estaciones tan contra-  
[rias,  
ha llegado por fin la Primavera;  
Que las tardes están muy deliciosas,  
y que en rápido giro,  
compitiendo en primores con las ro-  
[sas,

recorren las hermosas  
las verdes enramadas del Retiro.  
Corto me quedaré si las alabo  
al par de querubines; mas no creáis  
que no se ven cruzar al fin y al cabo  
muchas feas también; pero muy feas.  
No es extraño tal caso,  
y bien claro se explica,  
con permiso de Apolo y del Parnaso,  
que de todo ha de haber como en bo-  
[tica.

¡Qué mujeres, amigo, qué mujeres!  
¡Qué gracia y donosura!

Ya nos brindan amor, gloria y pla-  
[ceres;

ya nos causan desvelos y amargura,  
según están esquivas o amorosas,  
de rostro airado o tierno;  
porque siempre hay espinas entre

[rosas  
y al lado del Edén está el infierno.

Allí la rubia vaporosa y leve  
por sus encantos brilla:

Flexible talle; piececillo breve;

blondos cabellos y color de nieve

que arrebola el cārmin en su mejilla.  
Lánguida y extasiada  
entre ilusiones de oro  
derrama pudorosa su mirada  
al eco celestial de un "yo te adoro".  
Allí de gracias y vivezas llena,  
rebosando alegría,  
se ostenta la morena  
que nació bajo el sol de Andalucía:  
Celestiales bellezas  
de garzos ojos que altaneros miran,  
y labios encendidos que suspiran  
el cálido vapor de las promesas.

¡Cuánto lance de amor, cuánta aven-  
tura  
y mimado doncel haciendo el oso!  
¡Cuántas falsas protestas y locura!  
Citas y desafíos de bragazas,  
regalo del fondista,  
que sabe componer las calabazas  
para el festín "ad hoc" de la con-  
quista,

¡Cuánta alegre comparsa!  
¡Qué bello está el Retiro!  
Pero cuanto aquí digo es una far-  
sa...  
Una farsa también es cuanto miro:  
La farsa es el resorte  
de la célebre vida de la corte.

Pero ¿en qué estaba? espera;  
con tantas digresiones pierdo el ti-  
no...  
Ya me acuerdo, en que vino,

como sabrás muy bien, la Primavera-  
[ra...

Esa estación florida  
que viste el árbol y los campos dora,  
y un mundo de ilusiones atesora  
para la triste y azarosa vida.

Mas te digo de paso  
que su falso esplendor ya no me in-  
[quieta,  
ni que crezca en la cumbre del Par-  
[naso

el lauro del poeta.

La ilusión es un sueño muy bonito,  
es cierto; pero al fin es solo un sue-  
[ño,

y su dulce placer me importa un pi-  
[to,

Es triste la verdad; mas no me em-  
[peño

en gritar como un loco,  
con acento iracundo,  
que es pícaro, y fatal, y ruín el mun-  
[do,

al que cuanto yo diga importa poco.

En apacible calma

dejemos a la suerte que descorra  
el sueño de oro en que se vela el al-  
[ma...

verde como las uvas de la zorra.

¿Por qué tan cruda y afanosa guerra  
entre la realidad y los delirios,  
y fingir paraísos en la tierra  
que aumentan de la vida los marti-  
[rios?

Vivir desesperado, que es el colmo  
de la humana miseria,  
o pedir sacro fuego a la materia,  
que equivale a pedir peras al olmo.

Estoy desencantado; pero en tanto  
procuro disfrazar a mi manera  
y las delicias de la tierra canto...

¡Qué estación tan gentil la Prima-  
[vera!

Me gusta mucho, mucho, amigo mío;  
mas no por sus poéticos déchados,  
y sí porque se va quitando el frío  
que llegó en el invierno hasta seis  
[grados,

Ya en romántico alarde  
no derraman mis ojos  
estéril llanto de dolor cobarde.

Pisaré de este mundo los abrojos  
cuidando no picarme; y si algún eco  
despierta del pasado, amante o tier-  
[no,

trataré de apagarle... Ya no late  
mi corazón de niño... En este infier-  
[no

sostendré con honor rudo combate;  
sí, lucharé, y en pago  
tal vez en mi memoria

bañará el pensamiento con su hala-  
[go

un delirio de amores o de gloria.

¡La gloria! ¿Y qué es la gloria?

[Una careta  
que se ponen con torpe hipocresía  
el guerrero, y el sabio, y el poeta;

pero yo considero  
que no existe en el día  
más gloria que el dinero;  
y con él ¡ya se ve! todo son flores,  
y podrá hasta un jumento  
a la cumbre subir de los honores  
y pasar por prodigio de talento.

La mujer, el amor... ¡oh, qué ven-  
[tura!  
Yo adoro a las mujeres; mas no creo  
en su amor, que es tan solo una im-  
[postura,  
otra máscara, en fin, puesta al deseo.  
Una mujer te quiere; entusiasmado  
la comparas a un ángel... ¡desvarío!  
Averigua su amor que estás tronado  
y te planta, no hay más, desespera-  
[do,  
maldiciendo el rigor del Hado impío.  
El ángel ha caído de la altura  
y tórnase mujer; en tu profundo  
desencanto la acusas de perjura,  
y ¿qué sacas con eso? Así es el mun-  
[do.  
Por eso si una boca sonrosada  
adorarme promete, bueno, sea...  
Yo también lo prometo; la taimada  
se burla, y yo me río, y luego... nada:  
Con su pan se lo coma quien las  
[crea.  
¡Oh! cada vez que de mujeres hablo,  
sobre todo en la Corte,  
digo para mi sayo: ¡Guarda, Pablo!

Y la cruz les enseñó por sí forte,  
que siempre ha sido tentador el día-  
[blo,

Tú guardas en el seno  
fecundo manantial de poesía,  
y pueblas con tu amor y tu alegría  
las frescas sombras de mi valle  
[ameno.

¡Qué bonito es mi valle! Su memoria  
me encanta... ¡qué cuadro de un idi-  
[liot!

¡Qué calma celestial! Esa es la glo-  
[ria...

para un pastor amante de Virgilio;  
¡Qué colinas aquellas tan amenas  
con robustos castaños y nogales!  
¡Qué prados de amapolas y azuce-  
[nas...!

Sobre todo, querido, de nopales  
noble planta que brilla  
con el blanco matiz acrisolado  
de la suave y fecunda "cochinilla"  
que por oro se trueca en el mercado.

Y pues hablamos de oro,  
dulce sonido que mi mente halaga,  
perdido bien cuyas delicias lloro,  
dírete, amigo, que el artero Moro  
los cuartos que nos debe no los pa-  
[ga;

Después de tanto afán; de la vertida  
sangre española en inclitas empre-  
[sas,

obra cual suele la mujer querida,  
engañando a su amante con prome-  
[sas;  
y entretanto el cuitado,  
trocada su existencia en un infierno,  
aguarda y sufre, débil y confiado,  
como hace, al parecer, nuestro Go-  
[bierno;

Por lo demás, amigo, voy pasando,  
pasando nada más el tiempo vario  
[que dice el Almanaque, y ensartan-  
[do

las cuentas del dolor en su rosario;  
Si per las recorridas, mi memoria  
las restantes calcula, pocas quedan...  
¡Ya no hay más que una Gloria!  
¡Cómo ruedan las cuentas, cómo  
[ruedan!

Punto y aparte... ¡Adiós! que ya  
[concluyo...

¡Mi memoria y cariño están contigo;  
Vive feliz y amante.—Siempre tuyo,  
y manda en lo que gustes a tu amigo,

Madrid, mayo, 1.º, 1861.

**A MIS AMIGOS**  
**Agustín E. Guimerá y J. D. Dugoué**

La noche del dolor en que me pier-  
do  
derrama entre su calma  
la rumorosa brisa del recuerdo  
que lenta viene a refrescar el alma,  
A su doliente arrullo  
abre su cáliz, que secó el Estío,  
el virginal capullo  
del agitado y triste pensamiento  
que baña la ilusión con el rocío  
dulce y consolador del sentimiento:  
Abre su cáliz, y apacible lanza  
la balsámica esencia  
de fugaz esperanza  
que vuelve a consolar nuestra exis-  
tencia.

¡Oh, calma venturosa,  
reparador consuelo  
del alma dolorida,  
risueña imagen del tranquilo cielo  
que iluminó la aurora de mi vida!  
¡Quién pudiera volver a ese pasado,  
tortura de un presente  
que devora el cuidado,  
y en el paterno hogar abandonado  
el reposo encontrar que el mundo  
[miente!

Y entre las frescas flores  
de mi natal ribera  
aspirar sus vapores  
al aliento vital de Primavera.

Dulces memorias de la grata in-  
[fancia,  
puros recuerdos de la Patria mía,  
que no borran ni tiempo ni distan-  
[cia,  
verted vuestra fragancia  
en mi apagada y yerta fantasía.

De su ventura lejos,  
mi espíritu abatido  
busca de la memoria a los reflejos,  
la inquieta imagen del amor perdido,  
cual anciano doliente  
que en las tardes benéficas de mayo  
trémulo aspira el vacilante rayo  
del moribundo sol en Occidente;  
y al darle su amorosa despedida,  
postrado al Cielo implora  
que prolongue su vida

para verlo en la frente de otra aú-  
[rora,

Naciente primavera  
me acaricia con brisas perfumadas;  
mas ¡ay! de la hechicera  
virgen de mis amores,  
están ya las caricias olvidadas,  
y el mundo para mí no tiene flores.  
En mi pesar sumido  
no me contentan tus risueñas galas,  
primavera gentil, y sólo pido  
que lleves mis recuerdos en tus alas  
a esos sitios risueños  
donde vive una gloria,  
que no disipan engañosos sueños  
del alcázar feudal de la memoria.

Con qué infantil anhelo  
envidio las viajeras golondrinas  
que dirigen su vuelo  
a las verdes colinas  
donde quedó su nido abandonado  
entre marchitas flores...

¿Encontraré al volver un desterrado  
el nido celestial de sus amores?

¿Acaso hallaré en él una mudanza,  
fatal presente de mi suerte ruda?

Aun brilla puro el sol de la esperan-

[za,  
y es un ruin pensamiento el de la  
[duda.

Con ella ofendo a la mujer que ado-

[ro:

mas ¡cómo no, si creo  
un sueño poseer ese tesoro;

si la llamo y la busco y no la veo!  
Cansado estoy, y el alma  
oprímese en mi seno  
cuando recuerdo la apacible calma,  
las frescas sombras de mi valle  
[ameno:

Aquellos gratos días  
de inocente placer y de abandono,  
que la ilusión bañaba  
de luz y de alegrías,  
cuando en el regio trono  
del infantil anhelo descansaba,  
Su brillo se apagó: nubes de duelo  
oscurecen mis glorias,  
y sólo alguna vez luce en el Cielo  
la aurora boreal de las memorias.  
A su fugaz reflejo en los espacios  
contempla mi martirio  
los escombros no más de esos palá-  
[cios  
que a mis amores consagró el de-  
[lirio.

Allí, cual ave que en las ruinas vela,  
su rostro asoma la verdad desnuda;  
allí del porvenir por centinela  
su misterio fatal guarda la duda,

Perdió el ardiente corazón su brío  
con los encantos de una dicha breve,  
y amargas horas señaló el hastío  
en mis negros cabellos con su nieve,  
Turbia sangre rebosa  
del pecho desgarrado;  
pero ¡ay! no alcemos la pesada losã

que encierra las cenizas del pasado.  
No vengan los gusanos del recuerdo  
en el cadáver del placer perdido  
a saciar el rencor; con su beleño  
proteja y con sus sombras el olvido  
el hondo arcano de su eterno sueño.

¡Tregua al dolor! El pensamiento  
[mío,  
salvando la distancia,  
tiende en los mares su impetuoso  
[vuelo,  
buscando ansioso el nido de la in-  
[fancia,  
el claro azul de su tranquilo Cielo.  
A las faldas del Teide soberano,  
que del espacio la extensión domina,  
dejé mi nido en el añoso tronco  
de una opulenta encina;  
las tempestades del invierno ronco  
habrán deshecho las doradas hebras  
que tejió la ilusión; las blancas plu-  
[mas  
de los tímidos sueños que guardaba  
se habrán perdido entre las densas  
[brumas.  
¡Qué feliz era yo cuando soñaba!

# **EL ANGEL DE MI GUARDA**

Densa bruma de tristeza  
mi marchita frente empañā.  
¿Dónde está el dulce, maternal alien-  
[to  
que no viene a borrarla?

En mis pupilas no hay brillo,  
que en turbio llanto se bañan.  
¿Dónde está el rayo de ese sol de oro  
que iluminó mi infancia?

El cárdeno, seco labio  
hondos suspiros exhala.  
¿Por qué están mudos los sonoros  
[ecos  
de mis verdes montañas?

Mi cuerpo tiembla de frío  
en noche de invierno helada.  
¿En dónde está la cariñosa lumbre  
de mi paterna casa?

En el congojado pecho  
abatida gime el alma.  
¿Por qué a enjugar sus lágrimas no  
[viene  
la pálida esperanza?

Solo estoy, y es muy horrible  
esta soledad amarga.  
¿Por qué no vela mi angustioso sue-  
[ño  
el Angel de la Guarda?

Angel mío, ya te veo;  
me acaricias con tus alas;  
al ruego amante de mi Madre vienes:  
¡Oh, Madre idolatrada!

Tu amor disipa mis nieblas;  
mis pupilas de luz baña;  
despierta el eco de mi bien perdido;  
con su calor me halaga;

mi espíritu fortifica;  
mi soledad acompaña;  
por ti el aliento maternal recobro;  
veo el sol de mi infancia;

encuentro mi hogar perdido,  
a la luz de la esperanza:  
¡Bendito sea el celestial cariño  
del Angel de mi guarda!

Madrid, abril, 1865.

**A VICTORIA VENTOSO**

Tórtola de los bosques seculares  
de mi patria querida, cuyos ecos  
repite tus dulcísimos cantares  
temblando de emoción;  
acoge de mi pobre pensamiento  
esta tímida flor que te consagra,  
cuyas hojas meció con suave aliento  
tu tierna inspiración.

Del mismo valle las sonoras brisas  
a entrambos en la cuna nos besaron;  
a ti con sus balsámicas sonrisas,  
con lágrimas a mí.

El puro sol que dibujó en el cielo  
los virginales sueños de tus glorias,  
sólo dejó las sombras al anhelo  
conque triste crecí.

Los prados, y los bosques, y co-  
[linas  
que adornan nuestro valle pintores-  
[co]

las fuentes y las flores purpurinas  
que brotan por doquier;  
ese gigante Teide soberano  
que alza en las nubes su nevada  
vigía del Atlántico Oceano [frente,  
de terrible poder;

El vago suspirar de los amores;  
el inquieto anhelar de la esperanza,  
entre el brillo, las luces y las flores  
de feliz juventud;  
los ecos de las selvas y los mares,  
que llenaban los vientos de armonías,  
arrancaron suspiros y cantares  
a tu amante laud.

Cantaste, y tus cánticos suaves  
en el tranquilo valle resonaron,  
tiernos como el arrullo de las aves  
que pueblan su confín;  
puros como las hojas de tus lirios;  
altivos cual las copas de tus palmas,  
poéticos ensueños y delirios  
de alado serafín.

Ya levantes la sábana mortuoria  
que en sus grutas encubre a los  
ya recorras las hojas de su historia [Menceyes;  
grabada en un volcán;  
ya sigas a la parda golondrina  
que deja de tu patria las riberas,  
o ya cantes las glorias de Malvina  
en la lira de Ossian;

al rumor de tu cántico divino  
todo adquiere belleza y sentimiento;  
guiado por tu nùmen peregrino  
recobra más valor.

Como poeta ardiente y expresiva;  
como mujer sensible y candorosa...  
coronas de laurel y siempreviva  
te dan noble esplendor.

Mas canta, que los ecos adormidos  
en las selvas están; y entusiasmados  
los verás levantarse estremecidos  
de tus cantos en pos:  
canta, mujer, que de la amarga vida  
endulza los tormentos el poeta  
con la sublime inspiración, nacida  
del aliento de Dios.

El mundo para ti guarda sus flores,  
guardan las aves sus acordes trinos,  
y el astro de la luz sus resplandores  
para adornar tu sien.

Deja vagar las puras ilusiones  
que guardas en los pliegues de tu  
[alma,  
y vive entre las mágicas regiones  
de tu soñado Edén.

Vive con esos sueños ideales  
que brotan de la mente del poeta,  
y su luz de la vida en los eriales  
no vierta la razón.  
Nunca descorra el desengaño horri-  
[ble  
ante tu vista el misterioso velo

tendido entre la tierra y entre el  
[cielo...

¡La vida y la ilusión!

¡Ay! que las ilusiones son del alma  
un bálsamo divino; son estrellas  
que en esas noches de profunda cal-  
[ma

se miran relucir.

¡Ay! que las ilusiones son las fuentes  
que vierten sobre flores sus rau-  
[dales;  
esas tan vaporosas que tú sientes  
no lleguen a morir.

Entonces al pasar el ronco acento  
del desengaño horrible por tu labio,  
dejará congelada entre tu aliento  
una gota de hiel:

La esperanza en la tumba de la duda  
su majestuosa frente inclinaría;  
la sacra inspiración quedará muda  
a su embate cruel.

Alienten con sus alas los querubes,  
los amantes delirios de tus sueños,  
y borde de oro sus ligeras nubes  
el sol de la ilusión:

A través de su prisma nacarado  
la dicha y el placer verán tus ojos  
ya que Dios del poeta te ha prestado  
el envidiable don.

Orotava, abril de 1852.

## CONTESTACION

que dió a los anteriores versos la  
señorita Victoria Ventoso

Hoy da música suave a mis oídos,  
inspirado cantor, tu voz sonora,  
y sus dulces y mágicos sonidos  
dan gloria al corazón.

Tú, el hijo predilecto de mi valle,  
demandas a mi voz suaves acentos...  
¡Oh! dí más bien que al escucharte  
mi pobre inspiración,

Esas del valle sonadoras brisas  
que a entrambos en la cuna nos be-  
aun le guardan gratísimas sonrisas  
a tu nuevo laud.

Sí, que es muy pobre mi incompleta  
para unir a la tuya sus cantares;  
sí, que tu voz a un porvenir aspira.  
de eterna juventud.

¡Bella es tu flor! Mi corazón la  
cual parcial voto, inmerecida ofren-  
da,

en la que a trozos mi entusiasmo  
[escoge  
verdades que sentí.

¡Cuán grande y puro es el hermoso  
[velo  
que pinta tu fecunda fantasía,  
tendido entre la tierra y entre el cielo  
que en mis delirios ví.

Tú lloras ya perdidas ilusiones;  
mas ¿no sientes cuán grata es la  
[amargura  
cuando se vierte en lánguidas can-  
[ciones  
el sentido dolor?

Para nosotros hay un ancho mundo  
del que en vano pretenden despo-  
[jarnos  
los que no lanzan su sarcasmo in-  
[mundo,  
de terrible amargor.

Cántale al valle, a sus galanas flo-  
[res,  
a la de mayo reluciente espiga,  
a esas aves que entonan bullidores  
arrullos para ti:

Canta que el Eco me traerá tu acen-  
[to,  
y al derramar en mi alma la ventu-  
[ra...  
Llévete un ¡ay! de gratitud el viento,  
de la que te oye aquí.

# **EL LIRIO Y LA GOLONDRINA**

De un empinado monte en la ver-  
[tiente,  
Cabe al sonoro mar, se extiende un  
[prado  
Donde un tímido lirio alza la frente,  
Perfumando al ambiente  
Al recibir su beso delicado.

Pobre flor solitaria,  
Allí consume su existencia triste,  
En tanto que una tierna pasionaria  
La cerca con anhelo,  
Y de flores simbóicas se viste  
En amoroso y púdico desvelo.

El céfiro volando murmuraba  
Canciones de dulcísima armonía  
Para la flor que amaba,  
Y un suspiro en sus labios deslizaba,  
Y a su vago rumor se estremecía.

Mas siempre el pobre lirio  
Exhalaba sus quejas dulcemente,  
Y siempre la corona del martirio  
Mirábase lucir sobre su frente,

Algún oculto, roedor deseo  
En su cáliz guardaba;  
Algún recuerdo de perdida gloria,  
Y el agua del Leteo  
Por sus tiernas raíces no pasaba:

Acaso alguna ráfaga ilusoria  
Resbaló ante su vista en vuelo blan-  
[do,  
Dejó escapar un cántico de amores,  
Y por eso la flor vive llorando;  
Que también tienen su dolor las flo-  
[res:

Era la tarde; las nocturnas brumas  
Colgaban en el monte  
Sus leves cortinajes;  
Las riberas bordaban con espumas  
Las caprichosas olas,  
Y en el contorno azul del Horizonte  
Se pintaban fantásticos celajes  
Del color de las gualdas y amapolas.

Cortando el aire con su pluma leve  
Vuela sobre los mares peregrina,  
Deshecho ya su nido por la nieve,  
Una pobre viajera golondrina.  
La vista tiende en derredor con pena  
Al último reflejo purpurino  
Del tardo sol sobre la mar serena,  
Y dando un ¡ay! detuvo su camino:

Lo que sintió la flor en tal momento,  
Por superior a mis esfuerzos callo;  
Mas la triste, con ímpetu violento,  
Se estremeció sobre su verde tallo:  
Pasó la noche: en el Oriente ufana  
La aurora recorrió su blanco velo,  
Y la indecisa luz de la mañana  
Sus tintas de oro dibujó en el Cielo;  
A sus vagos reflejos  
El ondulante vuelo se veía  
De la pobre viajera, que a lo lejos  
En el azul del Cielo se perdía.  
Plegó el lirio sus hojas primorosas  
Con mortales angustias,  
Y al venir las alegres mariposas  
Las encontraron sin olor y mustias.

Su rumbo el ave errante há pro-  
[seguido,  
Y tras esfuerzos grandes  
Tocará la ribera en que ha nacido,  
E irá entre lirios a colgar su nido  
En las inmensas faldas de los Andes.

## **EL SUSPIRO**

El cielo luce sombrío;  
Melancólicas congojas  
Murmura en el aire frío  
El viejo laurel del río  
Al perder sus secas hojas,

Entrámbas manos cruzadas,  
Inclinada el alba frente,  
Fija Blanca sus miradas  
En las hojas arrastradas  
Por la impetuosa corriente:

Y un suspiro de amargura  
Exhala su labio seco,  
Que en la vecina espesura,  
Bañado en llanto, murmura  
Con doliente voz el Eco,

Blanca

Eco, qué triste es tu acento;  
Cállate, porque me espanta.

Eco

Escucha, Blanca, que canta  
La voz del remordimiento.

Blanca

¡Oh!, ten compasión de mí:  
¿Qué hago yo sino llorar,  
Y sufrir, y suspirar?...

Eco

Mas ¿por qué suspiras, dí?

Blanca

¡Era tan grande mi amor!

Eco

Y es la virtud flor tan pura  
Que ¡ay triste de la hermosura!  
Que no cuidara esa flor!

Blanca

¡Oh!, ¡perdón, perdón, Dios mío!  
¿Hallarán fin mis congojas?

Eco

Donde lo hallan esas hojas  
Arrastradas por el río,

Y Blanca tornó a mirar;  
Las vió pararse un momento,  
Arrebatarse, girar,  
Y pasar, pasar, pasar  
Impulsadas por el viento.

Presas de un frío estertor  
Dobló la frente abatida,

... ..

Y el Eco murmurador  
Cantaba: —“Heridas de amor  
Sólo acaban con la vida”.

**LA FIESTA DE SAN ISIDRO**

**ROMANCE DE CIEGO**

**Cuadro de costumbres de las Islas Canarias**

Jupa la japa,  
lomita mía;  
jupa la japa  
que viene el día.

## I

Aldeanos, aldeanos,  
bajad de vuestras colinas  
que en el templo alborozadas  
ya las campanas repican;  
Marchemos a solazarnos  
en las fiestas de la Villa  
que, si la fama no miente,  
serán como nunca vistas.  
Luzcan sus galas las mozas;  
cúbranse con la mantilla  
y el sombrerico de palma

adornado de ancha cinta.  
Vengan los fornidos mozos  
con sus vestiduras ricas  
y sus varas de avellano  
con flotantes banderillas,  
Pongan las madres sus tocas  
y sus preseas de niñas,  
y los ancianos sus capas  
guardadas para estos días,  
Resuenen las panderetas  
y ándense las manos listas  
repiqueteando los dedos  
para acompañar la isa;  
rasgueando las guitarras,  
punteando las bandolinas.  
Canten festivos romances  
las viejas marisabidas  
de galanteos de antaño,  
desconsuelo de las chicas:  
Los viejos, de tradiciones  
de las costumbres antiguas;  
de la fuerza de los guanches;  
las guerras de la conquista,  
y la rota del "Inglés"  
codicioso de estas islas;  
y el coro alegre responda  
mientras el vate se inspira:

Jupa la jupa,  
lomita mía;  
jupa la jupa  
que viene el día.

## II

Vamos al llano, muchachas,  
que ya sale de la ermita  
el glorioso Isidro, honra  
de la coronada Villa.  
Ya asoman los estandartes,  
y los viejos que este día  
han de sortear la yunta  
que en nombre del Santo rifan,  
Ya salen en dos hileras  
niños de la gente rica,  
vestiditos de pastores  
que dan al amor envidia;  
ya salen sembrando flores  
con que la calle entapizan,  
y dulces que los muchachos  
arrebatan entre riñas.  
Ya asoma el Santo, ya asoma,  
¡eh! muchachas, de rodillas:  
pedidle vosotras novios  
y que dore las espigas,  
mientras ansiosos rogamos  
porque nos vuelva las viñas  
que nos daban con su jugo  
nuestro pan de cada día.  
Ya pasa el Santo, ya pasa;  
vamos siguiéndole, chicas,  
hasta el templo, reverentes,  
para oír la Santa Misa  
y el sermón; ¡pues ahí es nada  
el padre que lo predica!  
¡Oh! qué hermosa está la iglesia  
con tanta vela encendida,

y arcos de ramajé, y flores,  
y banderas y cortinas.  
Suenan los cantos sagrados;  
brota la orquesta armonías,  
y del oloroso incienso  
ondulantes nubes giran.  
Vamos a ver a los pobres  
que les dan un pan de a libra  
y los visten y los calzan  
en celebrad del día.

### III

¡Qué animado está el paseo!  
¡Cuánta gente!... ¡Dios me asista!  
Y ¡vaya un lujo!, comadre;  
¡y qué mujeres tan lindas!  
Mirad un cordero blanco  
que se rifa entre las niñas,  
galán con cuernos de oro,  
luciendo lazos de cintas.  
¿Qué sucede en aquel sitio  
que tanta gente se apiña?  
¡La lucha!, allí están los mozos  
más pujantes de la isla.  
Vámonos, compadre, vámonos,  
a mirar a los que lidian;  
que no será buen patriota  
quien sus costumbres no estimā.  
Quedáos aquí, muchachas,  
y ved do ponéis la vista,  
que rosas de galanteos

tienen aromas y espigas:  
no abráis ofdo a lisonjas,  
porque son mala semilla  
y pueden dañar el campo  
donde virtudes crecían.

#### IV

Es ya noche; de las ramas,  
que suave mece la brisa,  
penden guirnaldas de flores,  
y hay antorchas infinitas,  
y fuegos artificiales  
para recrear la vista.  
Alegres músicas suenan,  
y los bailes se improvisan,  
donde la gente aldeana  
baila, entre cantos y risas,  
bien el tango guanchinesco,  
o el fandango, o las folías.  
No os dejéis coñir muchachas,  
sino es en la Vicaría  
con lazos que no se rompen  
y abrazos que fortifican.  
Nunca olvidéis que el pudor  
es la fuente cristalina,  
cuyas aguas son espejo  
en donde el alma se mira;  
Retirémonos, que es tarde,  
a nuestras chozas tranquilas,  
donde la pobreza y honra  
en sagrada paz habitan,

y ño echa el odio veneno,  
ni rencor siembra la envidia;  
vamos cantando, muchachas,  
mientras el cantor se inspira:

Jupa la japa,  
lomita mía;  
jupa la japa  
que viene el día,

Orotava, junio de 1861.

## A CARMEN

Gozo tanto en mirarte, que me ol-  
[vido  
De lo mucho que sufro con no verte,  
Y vivo con tu vida de tal suerte  
Que me figuro que antes no he vivi-  
[do.

Tu amor el rayo fulgurante ha sido  
Que dió aliento vital al pecho inerte:  
El ángel eres que arrancó a la muer-  
[te  
La vaga sombra de mi bien perdido.

No hay un solo recuerdo en mi me-  
[moria  
Que no te pertenezca; un pensa-  
[miento  
Que tú no inspires, y te adoro tanto,

Que no envidio la dicha de la Gfo-  
[ria  
Mientras guarde la fe de un jura-  
[mento  
Que por ser de tus labios es tan san-  
[to.

# **LA BODA**

**Traducción de Heine**

¿Por qué la sangre se agita,  
Y mi corazón deshecho  
En la cárcel de mi pecho  
Con febril ardor palpita?

Presa de un sueño espantoso,  
Sentí que la noche errante  
Me arrastraba jadeante  
En su vuelo tenebroso:

Y ví una rica morada  
Que derramaba a porfía  
Aromas, luz y armonía,  
De fiesta y placer ornada.

Entré en el salón, y allí,  
Los semblantes excitados,  
Mil alegres convidados  
En torno a una mesa ví:

Era un banquete de boda,  
Y al mirar la desposada  
Sentí el alma desgarrada,  
Faltarme la sangre toda,

La mujer que por mi mal  
Amé con cariño ardiente,  
Engalanaba su frente  
Con la corona nupcial.

Detrás del sitio de honor  
Me coloqué silencioso;  
Contemplando del esposo  
La alegría y el amor.

Al sonido de la orquesta  
Un eco vibró en mi alma,  
Y mintiendo horrible calma  
Presenciaba aquella fiesta.

"Ella", celestial ventura  
En sus ojos reflejaba,  
Mientras la mano estrechaba  
De su esposo con ternura.

Quien hasta el borde la copa  
Llenó; puso el labio en ella,  
Y luego la esposa bella  
También la acercó a su boca.

Desplegando una hechicera  
Sourisa de amor bañada...  
Bebió... ¡suerte desdichada!  
¡El vino mi sangre era!

Hay horas en la existencia  
En que el ánima abatida  
Recobra fuerzas y vida,  
Poderío y majestad:  
Horas llenas de misterio,  
De armonías y de calma,  
Horas que llevan al alma  
La voz de la eternidad.

Horas en que el pensamiento,  
De las quimeras en alas,  
Roba a la ilusión sus galas,  
Roba al cielo su color:  
En que se olvida el pasado,  
Y se goza del presente,  
Y vagan por nuestra mente  
Sueños de gloria y amor.

Horas llenas de perfumes  
Que adormecen los sentidos,  
De voluptuosos sonidos,  
De contento celestial;  
En que torna la esperanza,  
Que ya creyéramos muerta,  
A abrir la dorada puerta  
De un porvenir ideal.

Horas en que siente el hombre  
Que hay en su ser algo grande,  
Y de glorioso renombre  
Se lanza sediento en pos;  
En las que tiende su vuelo  
El espíritu agitado  
Buscando en el ancho cielo  
Una sonrisa de Dios.

Horas en que se arrebatata  
La imaginación inquieta;  
En las que escribe el poeta  
Y se entusiasma el pintor,  
Y busca el sabio verdades,  
Y halla el músico armonías,  
Y se cruzan las edades  
De la mente en derredor.

En esas horas Petrarca  
Con su llanto, la corriente  
Turbó de una oculta fuente  
En su afanosa pasión;  
Y murmuraba Torcuato  
A su Leonor blandas quejas  
Entre las doradas rejas  
De su gloriosa prisión.

En esas horas, dejando  
La ensangrentada cuchilla;  
Bosquejaba el noble Ercilla  
Una epopeya inmortal;  
Y recitaba Camoens  
Los ecos de sus "Lusiadas"  
A las olas encrespadas  
Por el viento tropical.

En esas horas Ticioano  
Y Miguel Angel fecundo  
Llenaron de asombro al mundo  
Manejando su pincel;  
Y surgían en los lienzos,  
De un rayo de amor al brillo,  
Las Vírgenes de Murillo,  
Las Diosas de Rafael.

En esas horas Herrera  
Trazaba, con noble brío,  
El pensamiento sombrío  
De un monarca colosal,  
Que revelara su arcano  
A las gentes venideras,  
En las paredes severas  
Del gigantesco Escorial.

Galileo en esas horas  
Siguió del mundo, en la esfera,  
La misteriosa carrera  
Que encadenaba el error;  
Y arrancó Franklin osado  
A la tempestad rugiente  
La majestad imponente  
De su rayo destructor.

¡Ah! venid, benditas horas,  
A mecer mi fantasía  
Al rumor de esa alegría  
Que con mis sueños perdí:  
Ya que es mentira la suerte,  
Devolved a la memoria  
Un recuerdo de esa gloria  
Que en mis delirios fingí.

A lo menos en mis sueños,  
Lejos de la tierra impura,  
Iré a cantar mi amargura  
En otro mundo mejor;  
A respirar el perfume  
De mis memorias marchitas,  
En esas horas benditas  
Llenas de paz y de amor.

Santa Cruz de Tenerife, noviem-  
bre, 1856.

# ROMANCE

Es la patria el árbol santo  
en cuyas ramas anidan  
las aves de los recuerdos  
que cantan pasadas dichas.

Es el jardín donde crecen  
las vistosas florecillas  
de olorosas esperanzas,  
ilusiones purpurinas,  
y pensamientos de oro,  
y afecciones siempre vivas.

Es la fuente bullidora  
que brota de la colina  
e inquieta como el deseo  
por los anchos prados gira,  
y desalentada corre,  
y se despeña entre guijas.

La palmera a cuya sombra  
fateante se reclina

el afanoso viajero  
del desierto de la vida;  
la estrella que el marinero  
sigue con ansiosa vista,  
cruzando en su frágil leño  
por una mar intranquila...

Patria, patria, dulce nombre  
que nunca el mortal olvida  
ni cuando llora sus penas,  
ni cuando canta sus risas:  
sacro fuego que en el pecho  
inextinguible germina  
y alumbra su santuario  
cual la lámpara votiva  
que ante las aras del templo  
la piedad tiene encendida.

¿Quién ¡ay! de su madre ausente  
no recuerda sus caricias  
y aquel amante desvelo  
con que nos guarda y nos mima?

¿Dónde hay cariño que borre  
el cariño que ella inspira,  
ni hermosura que la iguale,  
ni afecciones que la rindan?

¿Quién lejos del bien que adora  
puede recrear su vista,  
lleno el corazón de penas  
y de llanto las pupilas?  
Corran sus amargas fuentes  
por mis pálidas mejillas  
que sin el perdón del cielo  
no veré la madre mía,  
quien el mundo del dolor  
dejó, y el del bien habita;  
pero otra madre me resta,  
la Patria donde a la vida

abrí mis ojos y en donde  
reposarán mis cenizas.

Dicen que ausencia aquilata  
las afecciones sentidas,  
y que del perdido bien  
en más el valor se estima,  
y esta verdad dolorosa  
mi ánimo triste confirma,  
que en ausencias he llorado  
los recuerdos de mis risas.  
¡Oh!, cuántas veces mis votos  
confié a las rápidas brisas  
cuyas alas transparentes  
la traidora mar salpica  
y han ahogado entre sus olas,  
sin arribar a estas islas.

Mas en cambio nada iguala  
la venturosa alegría  
del que retorna a su patria  
y su sacro suelo pisa.  
Brotan del nido del alma  
las rusiones benditas  
que vuelan alborozadas  
cual viajeras golondrinas  
que vuelven a sus montañas  
al ver la estación florida.  
Las rosas de los recuerdos  
abren su corola erguida  
y en el ambiente suave  
derraman su esencia rica.  
El cielo se viste galas,  
brota la selva armonías  
y alborozados despiertan  
los ecos de las colinas.  
La firme amistad acude  
con halagüeña sonrisa,

y el mudable amor suspende  
sus saetas vengativas.

Allí aguarda en el hogar  
el calor de la familia,  
y hasta al oír en el templo  
que las campanas repican  
se figura nuestro afán  
que nos dan la bienvenida.

Fresco valle perfumado  
que el cano Teide domina  
con su corona de llamas  
y sus vestiduras níveas,  
risueño como el semblante  
de sus seductoras hijas  
a cuyas plantas de flores  
extiéndese alfombra rica;  
apacible como un sueño  
que brota en la fantasía  
al grato y naciente fuego  
que el dulce amor vivifica;  
valle gentil donde el cielo  
sus rectos dones prodiga,  
nunca la fortuna airada  
aparte de ti la vista,  
ni llores como yo ausencias  
alejado de estos climas,  
donde alegre la existencia  
y armoniosa se desliza  
cual débil rayo de luna  
sobre las aguas tranquilas.

Orotava, septiembre 19 de 1861.